

libro al viento



UNA CAMPAÑA DE FOMENTO
A LA LECTURA CREADA POR
LA SECRETARÍA DE CULTURA
RECREACIÓN Y DEPORTE Y LA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN E
IMPULSADA POR LA FUNDACIÓN
GILBERTO ALZATE AVENDAÑO

Alcaldía Mayor de Bogotá

Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

Secretaría de Educación del Distrito

Fundación Gilberto Alzate Avendaño

MIGUEL ÁNGEL JUSAYÚ

Miguel Ángel Jusayú Pérez, escritor wayuu del clan Ja'yaliú (Jayariyú), nació en 1933 en Wüinpümüin, al noroeste de Nazareth, Alta Guajira, y falleció en junio del año 2009. Si bien es cierto que Miguel Ángel nació en el lado colombiano, se radicó en Maracaibo, Venezuela, donde comenzó vendiendo lotería, pasó por el Instituto para Ciegos y terminó convirtiéndose en un reconocido investigador y profesor de la cátedra Lenguas Indígenas de la Escuela de Letras en la Universidad del Zulia, institución que le concedió un doctorado *honoris causa*. Miguel Ángel era colombo-venezolano, pero ante todo wayuu.

Aún siendo niño Miguel Ángel quedó ciego, situación que no le impidió desarrollar una memorable carrera como lingüista y escritor. Incluso llegó a ser maestro del método Braille de lectura y escritura táctil. Entre sus múltiples obras literarias pueden destacarse: *Jüküjaláirrua wayúu, Relatos Guajiros* (1975); *Jüküjaláirrua wayúu II, Relatos Guajiros II* (1979); *Achi'kí, Relatos Guajiros* (1986); *Taku'jala: lo que he contado* (1986); *Autobiografía* (1993); *Kanewa, el árbol que daba sed* (2005); y “Ni era vaca ni era caballo”, probablemente su cuento más conocido y traducido, publicado en su célebre versión ilustrada de 1984, aunque apareció por vez primera en 1975.

“Ni era vaca ni era caballo” es uno de los cuentos clásicos y precursores de la literatura indígena y wayuu contemporánea. En el



relato podemos escuchar la voz de un niño pastor, como fue Miguel Ángel en su infancia. El protagonista, aunque inicialmente entra en shock con la cultura de los alijuna (los no indígenas), termina por ser simbólicamente “devorado” por el camión-yolu ‘já, sobre quien le habían advertido: “es andariego y recorre los campos y caminos en las noches; captura a la persona con la que se topa, no la deja tranquila.” Miguel Ángel Jusayú elabora una metáfora narrativa del wayuu tradicional, quien migra a la ciudad alijuna* en una especie de atracción-rechazo, quedando atrapado entre dos mundos, sin pertenecer plenamente a ninguno; por cierto, es un tema wayuu contemporáneo que se reitera y continua desarrollando en cuentos como los de Estercilia Simanca Pushaina y Vicenta María Siosi Pino.

En términos generales, la obra narrativa bilingüe de Miguel Ángel Jusayú es oraliteraria, es decir, resultado de una inmersión en las artes verbales orales y su posterior transcripción y reelaboración mediante la escritura fonética literaria. Miguel Ángel fue de hecho un gran recopilador de narrativas tradicionales, como también lo fue su coetáneo Ramón Paz Ipuana.

En el año 2006 Miguel Ángel Jusayú ganó el Premio Nacional de Literatura de Venezuela. Quienes quieran conocer más de cerca la vida y obra del autor de “Ni era vaca ni era caballo” pueden ver *El Niño Shuá*, documental de Patricia Ortega sobre quien quería ser recordado como “el gran escritor de los wayuu”.

* Nombre en wayuunaiki para referirse al extranjero. Se pronuncia parecido a “arijuna” porque la ele se lee en una combinación entre ele y ere. Algunos wayuu prefieren escribir directamente con ere (que equivale en algunos casos a un punto medio entre ere y erre), mientras que otros mantienen la escritura con ele.

NI ERA VACA NI ERA CABALLO

NNO'JOTSÜ PÁAIN JIA'YAASA NNO'JOTSÜ AMÁIN JIA'YAASA

En aquel día yo era pequeño. Era yo el único que estaba, no había en la casa otro muchacho conmigo. Mis familiares me querían mucho: mis abuelos y mis abuelas. Ellos no me tocaban ni me hacían nada, me acariciaban: “nene, nene” –me decían ellos. ¡Quién sabe qué edad tenía yo en aquellos días! Pues no había nadie que llevase la cuenta de la edad.

Nosotros estábamos viviendo en lo alto de una colina; no me acuerdo dónde fue eso. El mar estaba situado al este, cerca de nosotros. Había unos cerros situados al oeste y al sur de nosotros; tenían los cerros muy buen aspecto y los veíamos azules desde casa. Al lado norte, en lo alto de una loma, había un cementerio llamado Wülísimou. Había un arroyo al lado oeste de nuestro rancho, llamado Kule 'matamáana'. Por el lado sur vivían unas personas. Como hacia el sureste había unas grandes sementeras, que eran nuestras, llamadas Chalítpia.

El rancho nuestro estaba rodeado de vegetación, no estaba ubicado en un lugar despejado. Había alrededor muchos árboles tales como: matas de cují, matas de dividive, matas de guamacho y también cardonales y tuneros.

Ahora bien, cuando ya yo estaba un poquito grande, “¿qué será mejor para el niño?” –decía el hombre de quien yo era hijo. “Lo mejor es que yo le dé animales; conviene que yo busque ovejas para que él las pastoree” –decía él. Y así lo hizo, trocó una yegua por

* Kule 'matamaana, lugar de las sonrisas.

unas borregas; eran unas ovejas de un hombre llamado Órrou.

Después trajeron al rancho unas veinte borregas hermosas. “Sí, aquí tienes unas ovejas para que las pastorees. Tendrás que ser diligente detrás de ellas; no las vayas a desatender, las tienes que querer. No tienes que estar allí junto al fuego en las topias, contemplando la olla. Sábetelo que tener animales es lo mejor; si no tienes animales, tendrás que estar mendigando por ahí la leche de animales ajenos” –me decía mi padre cerca de las ovejas. Él me encarecía las ovejas, ellas son traviesas cuando uno las tiene como animales de cría, no son como las cabras. Si se las descuida un poco se echan a perder; se extravían de pronto; algunas veces vuelven a la casa; otras veces duermen fuera, en el campo; otras veces se dispersan; otras veces se ligan o mezclan con ovejas ajenas y de ahí se las comen. Pero las cabras, cuando se las cría, no necesitan tantos cuidados. El único trabajo que dan las cabras es abrirles tempranito el corral después del ordeño y recogerlas en el corral cuando ya se está poniendo el sol y ya están de regreso del campo.

Pues bien, las ovejas me fueron entregadas cierta tarde. Las colocaron cerca del rancho, debajo de un cují. Yo estaba muy alegre con ellas, estaba pasmado de admiración. No quería apartarme de ellas, a la hora de comer me llevaba junto a ellas la comida. Por aquellos días no habíamos tenido ovejas, lo que habíamos tenido en abundancia eran las cabras.

Ahora, después, cuando empecé a pastorear las ovejas, tenía yo por costumbre ir todas las mañanas al monte*. Siempre me hacían levantar tempranito; y en seguida me mandaban con el rebaño que pastoreaba. Cuando era pequeño no solía andar por el monte sino

* No era callejero, porque no había calles y no me alejaba nunca de casa.

que siempre permanecía en la casa. Antes no había conocido los lugares o parajes retirados de la casa; lo único que conocía eran los alrededores cercanos de ir a buscar la leña e ir a buscar el burro.

Pues bien, muy a los comienzos, temía perderme en el monte juntamente con las ovejas; por eso les hacía dar vueltas cerca por los alrededores de la casa. Más tarde ya las conducía a sitios más apartados, las llevaba a donde había pasto.

Estaba siempre en el campo con las ovejas. Solía hacerlas llegar a la casa al mediodía; yo las agrupaba debajo de unas matas de dividive donde ellas rumiaban. Me daban de comer a mí en cuanto llegaba. Descansaba un rato para ir de nuevo al monte con las ovejas. Después de eso las volvía a traer cuando ya el sol estaba para ponerse y de una vez las metía en el corral.

Nosotros en nuestra casa, había veces que hacíamos una sola comida y en otras ocasiones comíamos hasta tres veces al día. A veces se pasaba hambre en casa; y otras veces había comida abundante. Solíamos beber leche de cabra hervida a la mañanita y al anochecer. A veces tomábamos mazamorra* de leche, hecha unas veces de maíz, otras de millo, de bagazo de yuca, de aceituna salcochada, solía hacerse así siempre.

Nosotros comíamos de nuestra cosecha; solíamos comer la carne de los animales que criábamos. Había comida, fruto de los lloros en los velorios"; otras veces comíamos con el pago dado por las muchachas; otras veces de lo que pedíamos, otras veces comíamos comida cambiada por otras cosas. A veces iba mi padre al monte a

* Leche hervida con maíz, millo o bagazo de yuca, es siempre algo espesa.

** El *ekírrá* o reparto hecho a los que no siendo familiares van a llorar al muerto.

cazar. Si a él le iba bien, lograba piezas de caza tales como: conejo, venado, iguana o si no machorro.

A veces iba de cacería nocturna*. Si le iba bien, traía como piezas de caza muchas aves, tales como: palomas torcaces, palomas de patas rojas, palomas nocturnas, tortolitas, zancalargos o paraulatas, cotorras o si no también iguanas. Eso lo comíamos sancochado, otras veces asado. Era muy sabroso, lo preparaban bien; le ponían de acompañamiento cosas como: yuca, batata, auyama o si no bollitos**.

Cuando yo era pequeño solían intimidarme o atemorizarme y me hablaban de unos animales del monte que eran muy malos, tales como: zorro, búho, y también el oso hormiguero.

“Eso come muchachos, estate bien alerta con ellos” –se me decía. “Hay una cosa horripilante y es muy mala, que se llama *yolu'já*. El *yolu'já* es andariego y recorre los campos y caminos en las noches; captura a la persona con la que se topa, no la deja tranquila” –también me decían. Yo me creía lo que me decían. Siempre cuando caminaba por el monte tenía miedo. Al anochecer me acostaba en mi chinchorro con miedo. “Que no me encuentre con algo como eso. Que no me llegue a mí en la noche” –pensaba yo en mis adentros. No me atrevía a levantarme en la noche a orinar del miedo. Me aguantaba las ganas de orinar hasta que amanecía. Algunas veces me orinaba en el mismo chinchorro.

Después me daban a mí un fuerte regaño por aquello. Y dígame cuando escuchaba el ulular del búho y el aullido del zorro en la noche en las cercanías de la casa, quedaba tieso del miedo en el chinchorro. Brotaba mi orinada sin darme cuenta.

* Las flechas que se emplean sobre todo para cazar palomas, de noche, tienen la punta en forma de cruz.

** Masa cocida de maíz, sin envoltura, y de forma alargada y chata.

Cada vez que andaba por el camino, no sentía tanto miedo. La presencia de las ovejas me libraba del miedo. Me preocupaba constantemente de que mi rebaño estuviese completo para que no me mandasen al anochecer a mirar entre los rebaños de los vecinos en busca de alguna que faltaba. No caminaba solo de noche o cuando el sol estaba nublado; temía toparme con un yolu'já o con un búho o si no, con un zorro.

Pues bien, ¡qué bien le iba a mi rebaño! No sufría hambre, las lluvias caían a su tiempo; se multiplicaba mucho, tenía buenos carneros, castrados, y además estaban completos, no era frecuente que se perdiese algún miembro del rebaño. No se comía mucha oveja; se sacrificaba mucho más las cabras. Las sacrificaban para el consumo de la casa, se las daban como regalo a algún visitante, se vendían, y finalmente eran un aporte cuando se hacía alguna colecta.

Yo era siempre muy alabado por la gente que me veía pastoreando las ovejas. “¡Qué diligente es el hijo de él!” –se decía de mi padre aunque él no se enteraba y pronunciaban su nombre. Había personas que lo decían. Había unos familiares de mi padre, que sumaron ovejas a mi rebaño. Habían hablado antes con mi padre, sumaron algunas ovejas al rebaño porque veían que yo era muy diligente. Después fui muy apreciado por el cuidado de sus ovejas. Me regalaban algo así como un sombrero, la camiseta o si no comida. Si en alguna oportunidad pasaba por sus casas con hambre, “ahí está ese, déngle de comer” –me decían.

Pues bien, habían transcurrido unos cuantos años y las ovejas se habían multiplicado. Yo sufría cada vez que las llevaba al campo. No podía controlarlas. No me hacían ya caso, se dispersaban alejándose de mi presencia. Pues bien, yo me esforzaba corriendo

y gritando tras ellas, no hacían caso. Yo daba carreras furioso entre la maleza. Además me encolerizaba contra las ovejas, les caía a pedradas, les daba leñazos y otras veces les daba puntapiés. Yo sufría corriendo de un lugar para otro: me tropezaba con los palos, me mancaba los pies, me rasguñaba con las espinas. A veces lloraba por eso; otras veces aguantaba.

Pues bien, ya por fin, estaba harto de las ovejas. No me sentía ya como cuando empecé a pastorear. La tristeza poco a poco se iba apoderando de mí por encontrarme solo siempre en el campo. Únicamente de noche y para dormir me permitían estar en casa, y también al mediodía un ratico para comer algo.

Yo estaba lleno de tristeza, me daba mucha rabia porque me mandaban todas las mañanas al monte con las ovejas. Mi anhelo era quedarme en casa. Quería quedarme jugando con mis hermanos pequeños. Y tuvo por fin que llegar un momento en que me sintiese muy disgustado ya que desgraciadamente había crecido y me había desarrollado en el campo y además nadie me acompañaba a pastorear. ¿Qué era lo que yo podía divertirme andando? ¿Qué era lo que podía servirme de diversión en el monte? No había un muchacho con quien conversar; no había un muchacho con quien bromear mientras estaban pastando las ovejas. Lo único que veía todos los días eran los cujíes, los dividives, los cardonales, los tuneros, y machorros, culebras e iguanas. Lo único que escuchaba era el canto de las aves por encima de los árboles y la voz de los animales del rebaño. Voces a las que ni siquiera les entendía el significado, como para que me pudiesen alegrar. Si me encontraba algún que otro día con muchachos en el monte, si eran mayores, yo los esquivaba y me ocultaba de ellos. Se metían conmigo. Me daban coscorriones; me amagaban con las flechas o si no con un palo. Pero

si veía alguno de mi tamaño sí hablaba y jugaba un rato con él.

Algún tiempo después, apareció de pronto una peste en las ovejas, se hinchaban, echaban espuma, estaban atontadas, no pastaban. Se iban muriendo una tras otra de la noche al día. ¡Qué pérdida de ovejas! No se botaban, se comían; eran desolladas, su carne era acecinada, su carne era normal y estaba buena y sabrosa, ya que no estaban flacas, sino que se morían gordas.

Lo que estaba muy dañado eran sus vísceras: el hígado, el estómago y las tripas; estaba deshecho, como si estuviese cocido. No era conocida la peste que había matado a los animales. No se sabía de dónde provenía, apareció de repente.

Ahora, después de eso, quedaron como restantes una pequeña cantidad de ovejas. “¿Qué será bueno entonces para ellas? Lo mejor es que yo busque reponer las que se han muerto” –dijo entonces mi padre. Y así lo hizo, hizo que vinieran unas cuantas ovejas adultas. A ellas les puso los palos en el cuello*, y las mancornaba con las de las casa para que no se escaparan. “Aquí está esto, cuídalas bien. Si permites que se pierdan, te voy a azotar” – me dijo. “Sí, así lo haré, las cuidaré” –le dije a él.

Las ovejas nuevas fueron traídas en época de lluvias. La superficie de la tierra estaba muy verde; la vegetación estaba muy alta; abundaba el agua como de aquí para allá“. Una vez cierto día me hallaba yo por allá en el campo pastoreando las ovejas. Ellas pastaban bajo un cujizal. Eso era ya en la tarde; y a mí se

* Un palo un poco más grueso que el de la escoba, que llevan arrastrando colgado del cuello y así queda la huella en la arena.

** El narrador señala algo presente y ahí sitúa la acción de la narración.

me ocurrió ponerme a jugar mientras ellas pastaban. Yo me había sentado en el suelo a fabricar un ranchito. Le ponía por pared barro, por techo corteza de palo, alrededor tenía todo limpio y despejado. La casa a mí me parecía muy bonita, me resultaba muy atractiva su misma hermosura, parecía una casita de verdad. No me había olvidado de las ovejas, de todas maneras yo a cada rato las miraba, estaban por allí agrupadas cerca de mí. Pues bien, seguramente se escapó de repente una de las ovejas nuevas sin que yo le advirtiese. Yo me hallaba jugando debajo de un cují; yo estaba tan tranquilo jugando con mi casita. Pues bien, seguramente apareció por allá viniendo hacia mí mi padre, había estado trabajando* como por allá. No me di cuenta para nada de que llegaba; me asustó cuando me golpeó con su pala, caí seguidamente al suelo perdiendo momentáneamente el conocimiento. Me había golpeado con la misma pala que había utilizado antes en el trabajo; veía mi sangre chorreando. ¡Quién sabe de dónde me salía la sangre! No acababa de explicármelo. A mí me parecía que mi carne no me dolía, seguramente porque todavía era muy muchacho. Él me dijo un montón de cosas; amagaba con darme. “¡Conque tú eres así! ¡Conque no estás tú pendiente de las ovejas como yo creía! ¡Conque te la pasas jugando prescindiendo de ellas!” –me decía. “¿Dónde está la oveja nueva?” –me preguntó. “Ahí está” –le dije con mucho miedo. En realidad ella se había ido hacía mucho tiempo, se había separado mucho antes de las demás. Después yo me dirigí a la casa. En medio de lloros conduje las ovejas a la casa; e inmediatamente en cuanto llegué las metí en el corral.

* El narrador ha señalado con la mano o la cabeza hacia allá, aunque en este caso el hombre se acerca hacia acá, hacia el narrador y los oyentes.

Al día siguiente, se levantó mi padre de madrugada para emprender la búsqueda de la oveja y preguntar por ella en otros lugares como por allá. Ensillé un burro, como cabalgadura. “Si no aparece la oveja, te mataré después a ti cuando yo vuelva” –me amenazó antes de partir. Tenía miedo, me afligió mucho con lo que me había dicho mi padre. “¡Caramba! ¡Dígame si es verdad lo que me dice! La verdad es que yo no tengo ganas de morir” –pensaba yo para mis adentros. Pero yo tenía muchos pensamientos y pareceres, “seguramente sus palabras se deberán a la rabia, ya que yo no puedo valer lo mismo que una oveja” –pensaba.

Ahora, después, al día siguiente bien tempranito, “intenta y vete a ver si la ves por ahí” –me decía mi madre. Y me fui entonces como de aquí para allá por entre la maleza, por donde solía andar con las ovejas. Aunque tenía la mirada atenta a sus huellas*, no veía absolutamente nada, lo que había era solamente huellas de animales ajenos.

Pues bien, ya se me acercaba y casi se me echaba encima el mediodía en eso. Me dirigí después a una sabana que se encontraba un poco distante como de aquí hacia allá; “posiblemente esté ella por allá” –conjeturaba yo. Aquella sabana, no tenía árboles en su superficie, solamente había hierbas y por eso era el sitio preferido de las ovejas. Yo me había dirigido a la superficie de la sabana, porque desde allí se podía extender muy bien la vista por todo aquello. Se divisaba cualquier cosa desde allí a lo lejos. Y en realidad había sido totalmente inútil el haber andado por allí, no hubo forma de que encontrase a la que buscaba.

Después, cuando todavía andaba caminando por la superficie de

* La huella del palo colgado al cuello.

la sabana, escuché de repente el ronquido de quién sabe qué cosa. “Aquel ronquido que viene hacia acá ¿de qué será?” –pensaba para mis adentros. Me sobresalté; me llené de pavor. “Seguro que eso es lo que se llama yolú’já” –quedé pensando. Levanté la cabeza, miré hacia el lugar donde había escuchado el ronquido de la cosa aquella. “¡Qué lástima de mí, que me he tropezado con un fantasma tras las huellas de aquella pedazo de oveja!” –dije dentro de mi cabeza. Pues bien, vi de repente salir una cosa de gran tamaño y además caminaba muy rápida, parecía marchar como un caballo que corriese mucho. Sentí un gran pavor ante ella, “ahora sí es verdad que voy a morir” –decía yo. Iba a gritar del miedo pero no me salía el grito, me sentía como si tuviese tapada la garganta. Temblé, me caí al suelo del miedo que tenía.

“¿Qué cosa será?” –dije. Ciertamente no es vaca, ni tampoco caballo; no es burro, no es viento, ni tampoco es cabra, de hecho era algo totalmente desconocido para mí. Pues bien, cuando ya me encontraba tendido en el suelo, vi aquella cosa. No había conocido algo semejante: no tenía piernas, su cabeza era grandísima y de color verde; era gruesa y corta, se destacaban unas cosas negras por debajo, había unos abultamientos en la frente, quizás aquellos eran sus ojos, se notaban unos agujeros anchos a ambos lados de la cabeza, quizás aquellos agujeros eran sus oídos; estaba desprovisto de carne, se le notaban los huesos, tenía el dorso como si estuviese abierto y hueco. Corría sin tener piernas. Se deslizaba, parecía como si la estuviesen arrastrando. “El yolú’já sí es hábil, que corre sin tener patas” –pensaba yo para mí.

Y pasó entonces la cosa; se alejaba hacia por allá levantando

* Interjección en guajiro.

una gran polvareda. Su olor era raro, olía a quemado, no era como el olor del mma' rrüla*. “¡De buena me he escapado! ¡Menos mal que no me ha oído!” –dije y me sentía muy contento. Estuve tendido un rato encima de la hierba, esperaba a que se alejase la cosa.

Después de aquello, me levanté del suelo, y me eché a correr hacia la casa. Corría mucho, estaba como si hubiera escapado de la boca del yolu'já. Ni se me ocurrió mirar hacia atrás, yo sentía un cosquilleo y escalofríos, me parecía que la cosa me seguía. Corriendo se me reventaron las cuerdas de la cotiza** y yo me alejaba descalzo a todo correr. Yo saltaba por encima de huecos y tunas; se me clavaban espinas en el pie, y no sentía el dolor del miedo que tenía.

Pues bien, yo corría muchísimo. Estaba como si no tuviese cabeza; ya no tenía fuerzas para correr cuando llegué a la casa; en ese momento me caí tendido en el suelo. Hacia mí corrieron las personas que en ese momento se encontraban en la casa. “Caramba, ¿qué te pasa?” –me dijeron. Por nada me salían las palabras; me hallaba rendido en el suelo con la boca abierta. “¿Qué será lo que le habrá venido acosando desde el bosque?” –dijeron las personas. Fui levantado entre varios, me colocaron en un chinchorro. Inmediatamente conté lo que había visto antes por allá por el monte, pero más bien yo fui objeto de risa para todos. “¡Pero qué niño tan tonto que se pone a llamar fantasma al camión! Mira, lo que has visto es un camión” –me dijeron. No había conocido el camión

* El mma' rrüla es el mismo yolu'já que se hace presente por su olor muy característico, parecido a la orina del mapurite.

** Cotizas rajadedos, de tres huecos en la suela, que están unidos por tres cuerdas.

anteriormente, en aquella oportunidad vine a conocerlo, por eso sentí mucho pavor ante él.

En aquel día, se hallaba presente un primo mayor que yo, quien me explicó después detalladamente lo que era el camión. “El camión no es un yolu’já, es algo hecho por la mano del alijuna por allá por tierras lejanas. Es de metal, es de tabla y es de caucho” –me decía el primo.

Pues bien, el primo me explicaba cómo funcionaba el camión. “Dentro de él hay una máquina, llamada motor, precisamente es con lo que camina el camión. Ello tiene fuerza, porque lleva dentro puesta gasolina encendida. Junto al motor se encuentra sentado un alijuna, es el que lo hace caminar, el que lo hace detener, el que lo hace desviar, el que lo hace retroceder; lo llaman chofer” –me decía el primo.

“El chofer se encuentra sentado, dentro de aquello que parece cabeza. El camión es una cosa muy buena; está destinado a la carga, tiene fuerza, aunque le pongan la carga que sea. Es veloz, no se cansa. No come, no bebe agua como un animal doméstico” –me decía el primo. “¡Qué bueno es el camión!” –le dije a él.

Después de aquello, sentía muchas ganas de ver el camión. “Ojalá topase nuevamente conmigo” –pensaba en mi interior. Se me ocurrió preguntarle al primo. “¿El camión es bueno? ¿No se come a la gente?” –le dije. “Caramba, chico, y ¿por qué se va a comer a la gente? Es hierro y es tabla, no te acuerdas que te lo he dicho. Corre si tiene gasolina encendida dentro de su motor. No camina, permanece quieto si no hay gasolina” –me respondió él. “Caramba, la gasolina sí que es misteriosa, que hace correr una cosa cuando se quema dentro de ella” –pensé por lo que me habían dicho.

Después estando yo dentro de mi chinchorro, o estando por

el camino tenía vivos en el recuerdo el camión y la gasolina. “¡El alijuna sí es inteligente que fabrica semejante cosa!” –me decía interiormente. En aquellas circunstancias teníamos un burro castrado, viejito, de color moro o desteñido, y era de caminar muy lento, al que yo llamaba Kuna. A pesar de que él no caminaba nada, prestaba utilidad: con él se buscaba la leña, con él se buscaba el agua, era utilizado como cabalgadura para moverse a cualquier parte. Aquel burro era de mi abuela; aunque ella tenía burros en abundancia, eran cerreros, se encontraban en el monte y nadie los arreaba; Kuna era el único manso.

Pues bien, de repente entró en mi cabeza un deseo de hacer algo. “¿Qué le pasaría a Kuna si le prendiese gasolina encima de él? ¿Correría muchísimo? ¿Sería su marcha como la del camión?” –pensaba en mi interior.

Pues bien, después me fui a una casa en la que vendían gasolina, me llevé un recipiente de totuma* de tamaño grande para la gasolina. “Aquí estoy yo, vengo mandado de casa; y vengo a pedir gasolina a crédito, y que se pagará después” –le dije al que vendía. “¿Para qué es la gasolina?” –se le ocurrió decirme. “No sé, solamente vengo mandado; no sé para qué la van a emplear” –me limité a decirle. Entonces me virtió gasolina casi hasta arriba de la vasija. Me fui con ella; la dejé después de paso cerca de la casa. La escondí de paso en un hueco y la dejé bien cubierta.

Llegué a la casa al mediodía. El Kuna se hallaba amarrado en su sitio habitual. “Ya va quedando poca leña, conviene que yo vaya a buscar más” –le dije a la gente que se encontraba en

* El *shoolo 'ki* es una totuma de boca estrecha como el jarro, a diferencia de la totuma ordinaria que es de boca ancha como la escudilla.

aquel momento. Me miraron todos, “¿Por qué en este día está tan voluntarioso?” –me fue dicho. “Sí, no me pasa nada; sino que tengo voluntad quiero este día ir a buscar leña” –le dije a la gente. “Bien, vete pues, y enjalma a Kuna” –me dijeron por fin. Pues bien, me fui con Kuna hacia allá.

Yo a la verdad tenía miedo; yo sentía tristeza por lo que iba a hacer. “¿Qué haría yo si se me llegara a escapar Kuna de mi mano? Porque ahora seguramente será muy veloz a causa de la gasolina; y tendrá una velocidad como la del camión” –me decía en mi interior. Pues bien, amarré el burro en un árbol frondoso de olivo. Reuní unas leñitas y las coloqué por encima de la enjalma. Después de aquello, me fui a la casa a buscar un tizón. “¿Qué vas a hacer con el tizón?” –me dijeron. “Sí, el tizón es para quemar un avispero; allí apenas en la orilla del camino me hace mucho mal, me pican siempre cada vez que paso cerca de ellas” –les dije. “Es bueno que lo hagas así, hijito mío, porque a las avispas les gusta picar a la gente” –me fue dicho entonces.

Pues bien, ya que ya nada me distraía, recogí cortezas y ramitas secas, y encendí entonces la candela cerca del burro. Y coloqué la vasija que contenía la gasolina encima de la esterilla del burro. Me hallaba parado, retirado de él, le tenía miedo... “¡Que no me arrolle! Ahora con la gasolina va a tener seguramente gran velocidad” –pensaba yo. En cuanto se encendió la leña, cogí un tizón y se lo lancé a la vasija que contenía la gasolina. Como eso no tarda, brotó la llamarada; las llamaradas se extendían hacia arriba; por poco me alcanzan las llamas, llegó la llama hasta muy cerca de mí. Yo me asusté mucho; creía que se me venía derrumbado sobre mí el

firmamento”*. Pues bien, pobre Kuna, se retorció allí en medio de las llamas. Del mismo susto grité. Pues bien, salieron corriendo de la casa al oír el grito. Me estremecí lleno de pavor al verlos venir, “ahora me matarán a causa del burro. Es mejor que yo salga corriendo ahora mismo para evitar que me azoten” –me dije.

Y de una vez cogí un camino que se dirigía lejos, yo no estaba en mi juicio, corría descalzo y sin ropa**.

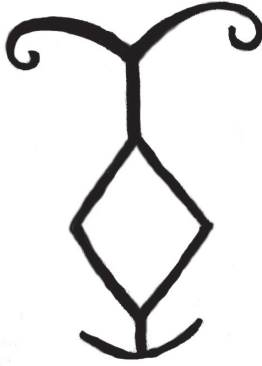
Pues bien, aunque al instante se echaron tras de mí, yo no fui alcanzado ni por nada; corría en todo momento por el camino, no vine a parar hasta ya anochecido. Pues bien, pasé grandes sufrimientos. Estaba triste, tenía hambre, tenía sed; me hallaba llorando al fondo de una cañada, donde pernocté al irme de mi casa.

Me fui al día siguiente, caminé todo el rato constantemente paralelo al camino para no ser visto de la gente. Al ver alguna sementera, comía de paso para no morirme de hambre: yuca, patilla; y comía también de paso algún dato.

Pues bien, después, topé con algunas personas que llevaban cabras; que llevaban cargas de cuero de chivo y gallinas; eran personas que iban a vender a donde los ali’junas. “Niño, ¿para dónde vas? ¿de quién eres hijo?” –me dijeron ellos. “Vengo solamente de ahí hacia acá, soy una persona extraviada. No sé para dónde voy a ir” –les dije a ellos. “¿Qué desdichado eres! Toma, come de nuestro avío, ¿tendrás hambre?” –me dijeron entonces. “Has de saber que nosotros vamos a vender nuestros animales a donde los ali’junas; vamos, vente mejor con nosotros” –me

* Para el guajiro el azul del cielo es un techo sólido sostenido por alguien o algo.

** Sin camisa pero con guayuco.



dijeron las personas. “¿Y por qué no?” –les dije. Y yo me fui y yo también participé en arrear las cabras.

Pues bien, al otro día, tenía los pies llenos de ampollas, yo no daba para caminar; porque como se sabe yo andaba descalzo. “Móntate aquí” –me dijeron y me subieron a un burro.

Pues bien, llegamos después a un pueblo grande de ali´junas, donde fueron luego vendidos los animales. Las personas regresaron, yo fui el que se quedó de una vez con los ali´junas.

Al principio pasé grandes sufrimientos errante entre los ali´junas; no hubo nadie que viniese a averiguar por mí. Yo no sabía la lengua de los ali´junas como para pedir auxilio o explicar mi caso.

Pues bien, cuando yo ya era un poco mayorcito, era sirviente de los ali´junas. A mí me hacían trabajar a cambio de lo que comía;

lavaba las ollas, platos, cubiertos, etc.; barría toda la casa; daba de comer a los perros y gallinas. Me daban algún vestido de vez en cuando.

Hoy en día, yo ya me he hecho mayor entre los ali'junas, y además yo ya sé el idioma de los ali'junas. Aunque siento tristeza por mi tierra y aunque tengo ganas de ir a casa, es inmensamente grande la vergüenza que he pasado por haber quemado el burrito.

Así me sucedió allá por donde yo soy. Ahora me encuentro aquí acostumbrado a vivir entre los ali'junas; ahora ya no quiero separarme de ellos. Y ahora yo no soy capaz de bajarme por nada del camión al que antes le tuve miedo.

Y se acabó esto*.

* Miguel Ángel Jusayú, *Achi'ki, relatos guajiros*, Caracas, 1986: Universidad Católica Andrés Bello, pp. 55-74.

BERICHÁ

Berichá (Esperanza Aguablanca) es una escritora e investigadora uwa cuyo nombre traduce caracol pequeño. Nació el 17 de julio de 1945 “en el sector kuasowia, que hace parte de la comunidad de la Barrosa”, Municipio de Cubará, Boyacá. Allí permaneció mientras su mamá la podía cargar, pues aunque nació sin piernas, en su madurez escribió: *Tengo los pies en la cabeza*.

Después de los seis años, y dado que a su madre “se le dificultaba mucho” trasladarla “para sus diferentes actividades cotidianas”, Berichá –en ese entonces “Esperancita”– es recibida en un internado por “unos Misioneros Javerianos y Misioneras de Santa Teresita del niño Jesús residentes en Santa Librada, Norte de Santander”. Berichá recuerda: “me crié allí, me enseñaron a ser útil aunque no pudiera caminar, aprendí a tejer, bordar y a coser, mientras desarrollaba mis estudios primarios”.

En 1958 la Misión se traslada a San Luis del Chuscal, en el municipio de Cubará. Y en 1964 Berichá es enviada a enseñar en la escuela de la Comunidad Indígena de Cobaría. En 1970 dice que la “llevaron para Medellín como traductora del Evangelio de San Marcos y del catecismo del Padre Astete a la lengua uwa”. En la capital de Antioquia toma un curso por correspondencia sobre corte y confección. Y en 1977 es “nombrada profesora de corte y confecciones en el Internado San Luis del Chuscal”. A partir de 1978 Berichá trabaja como docente en la comunidad uwa de Tauretes (Santander), la escuela uwa de Aguablanca (Santander)

y la escuela uwa del Tablón (Boyacá). En 1987 se gradúa como Bachiller pedagógico. Cuenta que “mientras laboraba en la Escuela San Luis del Chuscal, y coordinaba el segundo Congreso Uwa”, fue nombrada coordinadora de la Organización y secretaria del Comité de Educación Uwa.

En 1992 Berichá publicó en Bogotá *Tengo los pies en la cabeza*, un texto en cuyas páginas combina la historia personal y colectiva, así como recopilaciones y apreciaciones que aproximan la obra a una especie de “autoetnografía” y “autobiografía”; con todo, el resultado final no es clasificable. Berichá nos cuenta que la publicación “generó algunas controversias, hubo quienes estuvieron a favor y en contra, entre ellos las comunidades uwa y misioneros. Igualmente trajo popularidad y fue considerado un trabajo espectacular, y como el libro se dio gracias al financiamiento por la Oxy Petroleum Company, me acusaron de estar negociando el petróleo y defendiendo a la Oxy; este hecho polémico hizo que se me cerraran las puertas laborales y que mi cabeza fuera entregada a la guerrilla; pero gracias a la mano de Dios hubo quien abogara por mí y fuese esclarecida mi situación”.

En 1993 Berichá ganó el premio Cafam a la mujer del año por su labor entre los uwa. También recibió reconocimiento en Honor al Merito Cultural de la Alcaldía Mayor de Santa Fé de Bogotá y en Cúcuta la Gobernación de Norte de Santander le otorgó la condecoración José Eusebio Caro en grado Extraordinario a la Mujer del año.

Becada por la Universidad de los Andes, Berichá se graduó en 1995 del Magíster en Etnolingüística de Lenguas Aborígenes, y regresó al municipio de Cubará. Vetada para trabajar como docente en las comunidades uwa, se radicó en el casco urbano del

municipio, y continuó estudiando. En 1998, tras realizar cursos semipresenciales, se graduó en la Licenciatura en Filología e Idiomas de la Universidad Libre de Cúcuta.

Cuenta Berichá que a partir del año 2000 laboró “en la escuela de la vereda Villa Rica del departamento de Arauca con los Colonos, hasta el año 2001 que me pensioné y renuncié, porque presionaban y reclamaban mi plaza de trabajo debido a que se continuaba la insatisfacción por el hecho de haberse escrito y publicado el libro *Tengo los pies en la cabeza*”.

Berichá ha continuado escribiendo, pero hasta el momento no ha vuelto a publicar. Ahora bien, sobre la experiencia de participar en esta antología, republicando apartes de su obra, y traduciéndolos por vez primera al uwa, Berichá comenta: “Gracias a ello pude revivir muchas cosas y tener nuevamente el anhelo por retomar de nuevo algunos escritos a mano que en mis tiempos de ocio hago y me gustaría que se convirtieran en otro libro y titularlo “*Mi vida en el mundo del exilio*”; tengo también algunos apuntes y/o escritos de lingüística uwa”.

La escritura de Berichá, polémica, creativa, conmovedora, se constituye en uno de los aportes más importantes del diverso grupo de escritores y escritoras indígenas, que desde la última década del siglo XX han venido abriendo nuevos caminos al diálogo entre culturas.

KÁKRA KARÁSAT CHAKÍ UANO
UBASH TŪŪR ETÁ TŪŪ UANO

Uehenát uakíntan kák úshara karásat chakí uano ubásh tŭŭr etar tŭŭ uano, ushan sirai si'uhak ikar kuú uano. Amtó ehían sírai chiu chíí uano ikí ush tabar ush chakaite akú chíí uano. Kuakuiatan bakái wíki uano sirai s'ukei chakai yiní uano; rut uwikí uano, rurún uwikí uano, rumur uwikí uano, chísh uwikí uano. Ushin keno tiró uaki uano.

Étar kák chákai amat té'úbií uano bouar aku, kubar aku, sio aku, karu aku, tori akú, ruw akú, rab aku, r'ku akú o'uat aku, riu akú ya'kur akú, ri'aku tor akú, ritir aku amat chakí uano.

Rutin ushinatra amatá chakot bíí uano rutaira uehen ator ra's ei kenuar einan eiairo. Rumútra uehenai ás amat téukéiro rurúnra uehen atkut chirhákro, réuan, cháuan, chí'tán kuerikan ba'náan eiairo.

Chíshra kák úsharo chíiro rirar-ró kák it chákaitean rumúrat, rurúnat, rutat, chíjat chakót beí uano.

Rasat sirat sikó siŭŭ uano; kák úsha it chákaite bi'tár kuakateko; ahat sá'bisto chí'inrekro, kak úsha tei úsha it chákaite akua, úw itin bar itin akúa.

Ra'sat itit sirat itit riw aku tok akubouar ei riár ei, kak ei tei ei chakate uano. Eiat itit kakí tei bar bouari riari bar uano tinahin, kabahin uano, riuasíhin uano riu eiaakutan sobaso uano, riu ókan tíuanuán uano.

Kuakiatan sirat sá' bisto bar téuráhkí uano. Tinikar yahkur ikarbar ye'nrahkí uano, riu akutara úw ete ye'ní uano ukú teŭ

kus téú uáá uano uáár itit bisari chiráhar ítahar uano etat a' bítar kuakateko uakí uano. Ahat ruhkánin chí'aikoré siúú uano. Rúkanino iki bar tabar bartró aiái bistoái ya'an aku iki ukai rōó sir ur tirín ákua uakháro.

Etan kuakuakiat ruhkánin chishkun in wihkirteni uano. Aió bistoó ¿bite uakín chiko? Bistoat ikí ukai, chí ukai rirar ukai biuo, kak chakín aku, rirar chakín akua ai bistoai kak aku tei aku ya'an aku turin akua uakí uano.

Ruhkánat taiá uano; ¿iki birar ihki rokáteko? aiaó bistoó ikia tábara birár iki rokáteko uaki uano. Aiat, bistoat uaki uano u'rár ra'sín bihák ku'tára sioán bahkai chakhak ku'tár íhkia etat ruhkáninat rií kakír beí uano, bekir ikí bar rokí uano, etar teb kehkir ete keki uano, uí-kuanái kuákahar akat kabar tiniat akat chakí uano etatrúní teban baná ónaikera, étatra úbashan baná tihkaikera. Étatra sirat ra's úshan sikó im bit chehkóken áiaikera. Kákra karásat chakhagro kuákur abat eiai chahakro ka'ian tikai chakhakro.

Bóhkuai cheéran uán ítaite akú ak ub óhkan uakíri bar iki taúihkin chakí uano.

Ubash chakírkar bóhkuai yakchoat rí' rokhákro, bóhkuai, karuein bouar ein rikharo kuakiran karikan enaran abakat uano. Etat sirinat séroat abákin, tahkrákinat sáuaite áku, chiháro éintra káru enáran á'an bihtártara etán chakháro.

Éte orár kútrun rúw ákan baná wikháro, routár wikháro, ú'ro wikháro, chibet wikháro, kabur wikháro, obsho wikháro, vac wikháro, anu wikháro.

Bistoat usha ba'ná ruabaniat sikó siúú uano. Sir urán ba'nái tirhako, etat bistoat itit a'hira ehí uano, tinhi kuanhi hakate ihtí uano, u'tatra uwí ítahar uano. Ikira teban bahkai ohkór chakhá

uano teb ihtirá ras rakík wiír uano, ihtirá ras bikik kanor chakhá uano, ihtira kuiskanór chakháro, rumar eira kés uwiir chakharo. Ikí úshara kák mansé íkar kut chakhákro, kákut as chakhákro kuik burimra rás rakík kanótro, burbárikira rás bikik kanótro, kuisra uitúr uiír chakháro késra íhsur uiitro. Kakrá síhkar ub karik kut kekháro téban bakái ei okóra, sihkár eiara bá'sir ub kárikro. Kakrá anarshoukuatro óhkan sibirán anaránro chinarán eiro, iki kut eia.

EL MUNDO LO CONSTRUYÓ KARASA
COMO QUIEN CONSTRUYE UNA CASA

Los viejos u'wa dicen que el mundo fue construido por Karasa como quien construye una casa. Esta construcción obedeció al pensamiento de Sira. Antes de todo Sira creó otros personajes para que le colaboraran en la construcción del mundo. Aparecen entonces cuatro personajes dispuestos a cumplir lo que Sira dijera. Los personajes se llamaban: Rutá, Ruruna, Rumura y Chija. A estos personajes Sira les confió la tarea de organizar los pisos del suelo; por eso recorrieron el espacio, hicieron las delimitaciones, localizaron los sitios para los animales y cosas como árboles, plantas, ríos, caños, quebradas, lagos y lagunas. Finalmente establecieron los espacios para la gente u'wa y rioá. También delimitaron las montañas, cerros, cordilleras y llanuras.

En estos cuatro personajes estaba representado el mundo u'wa, la vida de u'wa y rioá, su vida social, la relación entre el hombre u'wa y lo sagrado. Rutá representa los elementos y objetos sagrados que utilizan los ujená; Ruruna representa la cal que se consume con el *hayo* (coca), y Chija representa el piso, el suelo del mundo.

Sira continuó pensando para que hubiera mundo y se le viene a la mente llamar a su hijo Bistoá para que sea él quien comience la construcción del mundo. Sira ve la necesidad de un mundo, de un espacio, un sitio dónde vivir y descansar la futura generación de u'wa. Él ve la necesidad de construir un mundo, de sembrar totumas –se refiere a la humanidad u'wa–, como también ve la necesidad de sembrar plantas y árboles.

Él ve que solo hay un espacio vacío y agua de color gris que

tenía movimiento, que tenía vida. Es entonces cuando Sira va creando en su mente a su hijo –Bistoá–, en las entrañas de la oscuridad. Al fin aparece sobre el agua hecho todo un hombre u’wa; traía su mochila de *hoyo* y el calabazo de la cal entre la mochilita igual que el hombre u’wa.

Cuando Bistoá salió del agua vió que no había dónde posarse, entonces entrecruzó sus dedos y se sentó, mientras pensaba para sí: «¿Qué haré si no hay mundo, no hay tierra donde puedan vivir los u’wa?» y se dijo: «Llamaré a mis sobrinos para que traigan tierra». Y comenzó a llamarlos en su pensamiento: «Sobrinos, no hay mundo, no hay tierra, vengan a traerla, su tío no tiene en qué sentarse para cumplir el pensamiento de Sira».

Al momento llegó su sobrino Chichkuna y le habló así:

–Tío Bistoá, ¿para decirme cuántas cosas me ha llamado?

Le respondió Bistoá:

–Vaya a traer tierra, montañas y suelo –mundo– para que yo, su abuelo Bistoá, pueda beber la creación y asegurar la vida de los que poblarán el mundo.

El sobrino le preguntó:

–¿De dónde podremos traer la tierra?

A lo que el tío contesta:

–De donde recorrieron los padres –*rasina*–, de las grandes rocas que existen en los cuatro lados del vacío.

Ellos –los sobrinos– obedecieron. Fueron por la tierra, la trajeron y echaron las bases, los cimientos; luego clavaron los pilares que sostendrían el mundo, tan firmes que durarán hasta el fin del mundo, cuando los pilares se deterioren, se caiga la casa y cuando el constructor –Sira– llame al Sol para que se interne nuevamente en las entrañas de su madre la oscuridad. La

construcción del mundo la hizo Karasa. Lo mismo que al techo, al cual le colocó unas hojas azules –el firmamento–. Luego consiguió unos adornos para que se mirara bonito durante la noche; clavó unas piedras amarillas y brillantes que son las estrellas. Después de la construcción de la casa, otro personaje llamado Yacchoá trae el agua. Siembran después los árboles en la tierra. Pero quedaron tan altos que se tocaba el firmamento. Inconformes con esta altura, los Sirina ordenaron al viento para que los podara y el viento cumplió su misión dejando los árboles del tamaño como los vemos hoy.

Luego llegaron toda clase de animales como las abejas, el paujil, el cerdo, los camuros –*kabura*– o cabros, las ovejas y las vacas. Cuando Bistoá terminó esta tarea se preguntó: «¿Habré cumplido con todo lo que Sira me ordenó?». Bistoá vio que le hacía falta lo más importante que era el día y la noche. En este momento Sira volvió a pensar si de esta manera podía vivir la gente u'wa y vio que no. Dicen que la tierra está sostenida por cuatro horcones principales que son: uno está por donde sale el sol y otro por donde se oculta; hay otro clavado en la parte de arriba y el último está clavado en la parte de abajo. La corteza terrestre está sostenida o reposa sobre una anciana llamada Kaká –abuela– que se encuentra tendida boca abajo, con los brazos extendidos. El brazo derecho está extendido hacia el lugar por donde sale el sol; el brazo izquierdo está hacia el lugar por donde se oculta el sol; la cabeza la tiene colocada hacia el frente, es decir hacia arriba, y los pies los tiene colocados hacia abajo. Kaká está amarrada a los cuatro pilares u horcones que están clavados a los cuatro lados. La tienen amarrada y clavada con agujas muy grandes y gruesas que son las lombrices de la tierra. Kaká es velluda, está llena de vellos que son las hierbas que hay sobre la tierra.

VICENTA MARÍA SIOSI PINO

Vicenta María Siosi Pino, escritora de origen wayuu, nació en 1965 en San Antonio de Pancho, ranchería ubicada en la media Guajira. Vicenta pertenece por vía materna al clan Apshana, y su tradición familiar la emparenta generaciones atrás con un italiano y una wayuu, tema de su cuento: “El honroso vericuelto de mi linaje” (1993).

En abril de 1992 Vicenta Siosi fue la primera escritora en ser publicada en la célebre *Woummainpa*, una serie de cuadernillos wayuu financiados por la Gobernación de la Guajira, cuyo secretario de asuntos indígenas era en ese entonces Weidler Guerra Curvelo, destacado antropólogo wayuu. “Esa horrible costumbre de alejarme de ti”, el primer cuento publicado por Vicenta, impacta la conciencia del lector por la manera en que va describiendo el forzado y luego acostumbrado alejamiento al que se ve sometido el wayuu contemporáneo, quien al migrar a la ciudad suele quedar en un extraño y abismal limbo entre mundos, como bien lo supo anticipar Miguel Ángel Jusayú en el cuento “Ni era vaca ni era caballo” (1975).

Vicenta Siosi conoce bien los avatares del wayuu que migra a la gran ciudad, pues pasó varios años estudiando en Bogotá, primero, Comunicación Social en la Universidad de la Sabana, y luego Planificación del Desarrollo Regional en la Universidad Jorge Tadeo Lozano. Desde entonces ha trabajado como corresponsal, jefe de prensa de la Gobernación de la Guajira, libretista, profesora universitaria y documentalista para televisión. De sus trabajos de

investigación filmica se destacan: *Origen y fuerza del matrimonio wayuu* y *Fiesta de los emborrachadores de Riohacha*, proyecto con el que ganó el premio-beca nacional de Colcultura en 1995.

En 1998 Vicenta Siosi envía su cuento “El dulce corazón de los piel cobriza” al concurso Enka: Premio Andino y Panamá de Literatura Infantil. Allí gana una mención de honor. Se trata de uno de los primeros reconocimientos literarios otorgados a nivel internacional a una escritora indígena nacida en Colombia.

En 1999 Siosi publicó los cuentos: “Serenata en Panchomana” y “La señora iguana”. En el año 2000 obtuvo con “La señora iguana” el premio Nacional de Literatura Infantil Comfamiliar del Atlántico. Es importante notar que la conflictividad de exclusión/inclusión que se presenta en “La señora iguana”, se resuelve a través de la escritura alfabética, y a partir de la mediación de un tercero: el alijuna (no wayuu).

Teniendo en cuenta la importante trayectoria literaria e investigativa de Siosi, sorprende que sus cuentos sólo se reunieron en un libro hasta el año 2002: *El dulce corazón de los piel cobriza* (incluye otros cuentos como “No he vuelto a escuchar los pájaros del mundo” y “Milagro, milagro”). Esta publicación se realizó gracias al apoyo del Fondo Mixto de la Guajira y a un préstamo que la escritora se atrevió a sacar para promover su propia obra.

En 2004 Vicenta publicó con la Gobernación de la Guajira un libro ilustrado con fines pedagógicos, afirmando su gran inclinación por los textos para niños: *Shimirra tepichí wayuu / Juegos de los niños wayuu*. Los más interesados en la obra de Vicenta Siosi, y su contemporánea Estercilia Simanca, pueden consultar el documental *Letras de mujer wayuu*, dirigido por Doménico Restrepo (TeleCaribe, 2009).

La obra narrativa de Vicenta María Siosi Pino, aunque pueda clasificarse parcialmente en el género de literatura infantil, no está formada por cuentos sólo para niños. De hecho, es en parte un ejercicio de aproximación entre la dimensión mítica de su acervo cultural y la realidad del wayuu contemporáneo, quien al transitar en el limbo entre culturas se ve exotizado, discriminado y forzado por las circunstancias propias de la sociedad dominante. Con todo, los “niños wayuu de Siosi” no se rinden ante la adversidad, y con gran astucia luchan por regresar a sus rancherías. No siempre lo logran. Pero su historia queda trazada como un espejo intercultural especialmente sensible para los lectores wayuu de todas las edades.

TÜ LAÜLAKA IWANAKA
LA SEÑORA IGUANA

Wanema juya>a nojotsu eituin cha Panchomana. Supana tü aipiakalu amatüjas, tü shotshot josojus otta tü mapaka>t ajas.

Tü laülaka iwanaka mapusas süinai achajawa shikale shawalalaka nau wane yosu jutsu, sülata>aka saupuna shiky awanuai: pienchis wuawuachi, mekisat pet, otta waima cotor na charüctaka o>upunaa. Nüma wane jaka>a ekuika jey>u. Süsaka>ka naya tu laülakat iwanakat.

–¿Jalawali jia kakuaka main?

–Chawali emün sü granjaka tü laülaka Jusepa wuaima main ekul sümama, süma wuin.

–¿Jameru takuaipa supula tentüin chayaa? I su>maka tü iwanakat.

–Suchikejee tü samaka>ka Apshana, pülatirer tü ekirajayeka Santa Rita, puttawetka süshika Calancala wanawetka püma wane ma>a marias. Shia>ja met ka sümuin granjaka tü laülaka Jusepa. Anamiashana main shia – nümake chi jaka>a iekuika jey>u.

Anain>ja terrajai shia sümaka tü laülaka iwanakat su>naaka wanaka süma tü amuyu ekay tü samaka>ka Apshana noutpuna chi kaikai, tü ekirajayeka Santa Rita epintajuin piamas sünou otta tü shi süshika josoin sau joutaleujanain. Sunakat, shiyawataka tü ma>a marias nakat.

Maaya, pejepa shia saa>paka neirain naa wüchicheinka nau na wunukat. Ejetü winpirai, canario, isho>o, shirajaleka chi wüchi utta nakai keimashi.

Sootoka saupuna tü uchika shintaka sünai wane minchi ekijojushi kajunas pattapana süttüsü süma süpana tamarindo, koushat, irua, marañon süma siruwersa. Sau miouin tü napanaka waima jemioushi samatuika main tü mapakat.

Sütpuna tü minchichonka es wane luma otta wane yuja süsipule anajusu main.

Sujuitaká tü laülaka Jusepa, süürtka>ka sünaimuin tü asaleka wuin sujutaka wane couya suma wane watte shipirataja>ka piamas watte wuin shiyonoka sau tü wunupanakat wanesawai, suchikeje süchüittaka tü yujaka süjalayaka shipiratajaka wane süsüle wuchichen ere nasale wuin süma meimolin naya.

Tü laülaka iwanaka sotoka sau wane sütuna coco tü miouka main ekai granjaka, shirajaka sauje tü palakat.

Wattamat na wuchichenka süma tü neirainka talatajas tü mapakat, nojolitwa nujuitain chi kaikai sujuita>aka tü laülaka Jusepa ere so>ojirün na sunushaka nachikua. Süjattapa shipitanajaka süpana tü wunupana ajunujaka shichajaka sulu wane warankashis.

Ekay tü süpana coco ejetü tü laülaka iwanaka süürtka>ka wane mouwa.

–Wattamat, nojotsu terün pia yapuna sumaka tü mouwa.

–Ansü taya sokainka suluje wane ma>a Panchomana ponka main tain terün na mürutka talatshimain. Sümaka tü laülaka iwanaka.

–Alewashisa waya –sümaka tü mouwa–. Tü laülaka Jusepa asülajawais wuin wamuin. Nojorleja samein waya nojotsu sulwajirein wepianchiki otta na süluinka süpülañirün neipijain waya süma koucha otta süma copeta.

–Nojotsu terün tepichi yapuna –sümaka tü iwanaka.

–Antawaishi sou tu pülashouka sümaka tü mouwa süpulpuna awata soutpuna tü zirumakat.

Tü laülaka iwanaka sunakat soutpuna tü supanakat irua. Sapaka piamas süpana shikaka shia. Püsiyas süma samatuin. Shiraka nauje tü laülaka Jusepa einas wane süi waima soujana supuna sulumasha.

Anas kalewain waya sümaka –tü laülaka iwanaka– sashajaka süma tü kalinaka. Tü wacharaka süküjaka sukuaipa Panchomana, sunalekat sunaimuin wane kulala susakaleka jaraishi puluku.

–Kepieru pia ya waka anamia tü laülaka Jusepa amamia main namaka napushua.

Sau tü pilashouka kai wattachon malü nentawayka poloshiakarratshi süluin laülaka Jusepa otta suchoin mekisatshi. Tü nekisakat süma tü nawalaka natalatajün tü granjaka. Namüliajakat sünai oyono wuin sau tü wunukat. Nepejaka siki sukua shira. Süchikeje nekai kaleu neimaja süi supuna tü lumakat, waneirua emerashi, otta wane emijashi emusi na jouchenka awatashi süchirua wane wola.

Alika namaichiki, Rebeca süchon tü laülaka Jusepa shiyonoka kerosin sau tü supanakat wunu jutsuka sa>ajaka shia. Miou tü suwaralakat nawanuaka na wuchichenka.

Sou wane kai wenshi süchekeje oyono wuin sau tü wunukat einawai süi kanous Jusepa. Sümaka tü iwanaka numuin wane atpana mout.

–Atüjesu taya eina süi, tamüliajai tü laülaka Jusepa.

–Nia>asa chi atpanakai nümaka, sümüin jouchen main püjapu iseru püchiki apawa jitpaika.

–Anaka>aja toulakai shia sümaka lailakal iwanaka.

–Nümüliajeru pia chi ziaka ninawalin tü nipiaka müin sain kattou.

–Anas püniki tamuin sümaka iwanaka sunaka süchajain chi ziaka.

Shintaka nünai chi ziaka oulijasshi nüchoin suchuntaka mülia nümüin.

–Shia tatijaka akumaja tepia tainjain süma shichi tanükü teinawalin süma sata sütüna wunu, waimatuaway tacua. Sünai asaja>a wunuchen, ajunuwaishi toulia. Isas tachiki tü süi makalu – nümaka>a chi ziaka sümüin.

–Shia wane kay pa pilashou tü laülaka iwanaka sootoka nau wane wunu. Sünajaka yaleje tü laülaka Jusepa ekirajasu süluin Sibil sünai eina süi tü iwanaka nojotsu ounai yaleje sapajein main tü ekirajawaka sau sütujein shiaka. Shiasa mapa>ayashintaka wane wale ucheje miou main katchinkamain shakataway sütuna tü wunukalirua molumuin. Motka main tü iwanaka süjapulujaka süma tü susa>a süchirujatka.

–Shiasa wane shiyunajaya tü waleka ucheje sujutiraka tü laülaka iwanaka molumuin suttaka süma kepisanain main shia. Sau tu ma>akat. Shiyoshi tü sütaka wanawas süma sümariain. Tü makat shiraka shia tü laülaka Jusepa suwataka main.

–Jutasain süjattirer tapunajuin.

Shiasa na tepichikat nachajaka ipa süma wunu, suwanajaka tü laülaka iwanaka motsu kakuas sain. Alanuas tü ipakalirua süutpa shiki shiasa wane wunu, süsawajaka>a shimayejaka>a tü süsika, nojotpeje shawalain. Shiasa matchinpa sain sunujulaka soutpuna wane yosulia. Shiasa nalejapa na tepitchikat, tü iwanaka mujusmain sain shialajaka.

Su>uneka granjaje. Shiasa wane ali ekajas coco shenaka>ka shia.

–Punta pükai tama.

–No>ojo, ounajatü taya granjaje müiri taya –sümaka tü laülaka iwanaka sikijaka simuin tü alataka.

–Pa>ashaja süma tü laülaka Jusepa, ma sümuin nojoleru jamuin tatuma pupunajuin.

–Nojo>ta, shirüir taya suteru ain taya.

–Anaka>aja püshajamata wane karalouta sümuin.

– Isas tachiqi ashaja>a –sümaka laülka iwanaka.

– Pükiraja – sümaka ali.

Anakaja müin taya sümaka tü laülaka iwanaka sunaka sünaimuin tü ekirajaleka Santa Rita.

So>otoca saupuna tü süpaka>a ekirajaleka süjapulujaka sünaije tü ventanaka. Tü ekiratka Nicolasa ekirajasü na tepichikan. Neraka shia wane jintui nawataka>a

–Wane iwanaka, wane iwanaka.

Eiwanaka natuma na tepichika awanajashi sutuma na miouyukan ajunatshi ipa. Kutkutaka tü iwanaka süma tü moluka so>otoka saupuna tü sajuna, sunujulaka.

Shiasa najuitapa na shüliwalaka shakataka tülaülaka iwanaka sauje tü sajuna sünujulaka saka tü mujuika.

Sumuiwa süma mujukal ain tü iwanaka shialajaka ekay wane yosulia. Shiasa sujuitakasuluje wopukat wane jintulu tü jintutka eirajatsu ainjüsu ayacua.

Shiyacuajaka>a tü zirumaka, na caulakat, shiraleka, tü iwanaka sainjaleka shiyacua.

–Anaschonmain tü iwanachonka –sümaka tü jintulka.

Talataka main tü laülaka iwanaka sau shintün anain wane wayuu eke nojolin ottein sain sashajaweka süma.

–Shenaka>ka shia –jintula –jintula.

–Tok, atūjasu ashajawa –ponsü sain tü jintutka.

–Aa, atūjas taya ashajawa achuntajatü taya muin pūshaja wane karalouta.

Sükujaka tü laülaka iwanaka sukuaipa. Terajün sümaka tü jintutka sümuin tü laülaka Jusepa. Talüjetpataja süniki muin. Shiyulaka suluje su sukatoutsha karalouta sushajak>ka.

Laülaka Jusepa:

No>ojo putuin tain. Aistapüla otta talatusiu main taya süma tü wunuka marias süsi watteje.

Tounawaika sünaimuin pünajule sau anamiain main pia, tapawaipa wanesawai süpana tü wunuka sau jouchen main chi talekai, maimalesja tü ajunujawaika molumuin, ere pitanañün süma pichajin shia, terawaika tü puchonka Rebeca sajüin.

Wanema kai terajaliün pia airain süi waima sinou. Tamiliajeyainje pia, shiasa shintaka wane wale ucheje sujutitka taya molü. Pira>ka taya putireka tain nama pülüin neipajaka taya süma ipa. Papa>ya suwachira tain juu>lapan müseje pia namuin na tepichika. Shiasa ein chi Maeiwakay nojotka nasawajün taya.

Kachon es taya tasiwajai nama tatpajai jaipai tü juyakat wapajai neirain na wuchikan. Pu>ula taya no>ojo putuin tain.

Tü laülaka iwanaka.

Tü laülaka iwanaka matuncuinresar sawai.

–Jamüscheje süniki tü laülaka Jusepa?

Sakanajatka chi kashikay nüsu rajakane.

Shintaka kaleu tü jintutka sümaka.

–Süniki tü laülaka Jusepa anaka>aja, müsu muin saule mülain shia tatuma anaka shintai yamuin kepiai ya waka.

Talatsü main tü laülaka iwanaka sunaleka sulu supuna tü
granjaka. Shintaleka sünai wane ashajushi mioumain.

PULAS OTTA SAIN IWANAKA.

LA SEÑORA IGUANA
TÜ LAÜLAKA IWANAKA

Hacía un año que no llovía en Panchomana. Los trupillos habían perdido sus hojas, las yerbas saladas estaban secas y el suelo parecía arrugado. La señora Iguana estaba cansada de buscar alimento y se detuvo a reposar sobre un cacto candelabro. Pasaron sobre su cabeza, volando al occidente, cuatro tórtolas, ocho perdices y una bandada de cotorras «cara sucia». También apareció un osito hormiguero. La señora Iguana le preguntó:

–¿A dónde van tan de prisa?

–A la granja de la señora Josefa, allá hay agua y buena comida –respondió el animalito.

–¿Y cómo se llega a ese lugar? –preguntó entusiasmada la señora Iguana.

–Después del cementerio Apsana, pasas por la escuela Santa Rita, atraviesas el río Calancala y como a un kilómetro encontrarás una loma amarilla, esa es la granja de la señora Josefa, ella es muy buena –explicó el osito hormiguero.

La señora Iguana dio las gracias y emprendió el camino. Vio las bóvedas blancas del camposanto Apsana brillando bajo el sol, la escuela Santa Rita pintada de dos colores y el Calancala completamente seco por el verano. Siguió andando y rodeada de nubes divisó la loma de arena amarilla.

A medida que se acercaba escuchaba el canto feliz de las aves. En las copas de los árboles había paraulatas, canarios, cardenales guajiros y hasta conoció el famoso pájaro utta que tiene bigotes y es de color marrón con un collar blanco en el pescuezo.

Subió por la loma hasta encontrar una choza de barro y techo de palma. Estaba cercada por árboles de tamarindo, jovita, aceituna, marañón y ciruela. Sus ramas largas daban sombra y el clima era fresco. Junto a la casita había una enramada y un jardín donde se asomaban coquetas flores de trinitarias, cortejos, corales y rosas de la Habana.

De pronto apareció la señora Josefa, se acercó a un pozo, tiró de una cuerda y sacó del fondo un balde con agua, llenó dos baldes que estaban junto al pozo y empezó a regar los árboles uno por uno. Después mojó el jardín y por último relleno una fuente en el centro del patio donde docenas de pajaritos se acercaron a beber sin miedo.

La señora Iguana decidió treparse en la palmera más alta de la granja. Desde allí pudo ver el desierto extendiéndose plano hasta tocar el mar.

En la mañanita los pájaros inundaron con sus trinos el ambiente y antes de levantarse el sol en el oriente la señora Josefa salió a bañar nuevamente sus palos. Al terminar barrió las hojas que caían al suelo y las apiló en una zanja alejada un poco de la casa.

Al cocotero donde estaba alojada la señora Iguana se acercó una paloma.

–Buenos días, no la había visto por aquí –dijo el ave.

–Vine ayer del desierto de Panchomana y estoy sorprendida de ver la felicidad de los animales –explicó la señora Iguana.

–Vivimos en paz –expresó la paloma– la señora Josefa nos regala agua, no permite que nadie robe nuestros nidos y prohibió a sus nietos acosarnos con hondas o escopetas.

–Pero no he visto ningún niño por aquí –añadió la señora Iguana.

–Visitan los domingooooos –gritó la paloma antes de volar por el cielo azul.

La señora Iguana caminó entre las ramas y se acomodó en un aceituno. Tomó dos hojitas y se las comió. Estaban dulces y frescas. Desde allí podía ver a la señora Josefa tejiendo un hermoso chinchorro multicolor bajo la enramada.

«Es bueno tener amigos», pensó la señora Iguana, y se puso a conversar con las gallinas. Les contó cómo era Panchomana a las guacharacas y hasta fue a saludar a cinco cerditos en un corral.

–Aquí puedes vivir tú también porque la señora Josefa es muy buena –aseguraron todos.

El domingo muy temprano llegaron diecisiete nietos y ocho hijos de la señora Josefa. El bullicio de sus voces alegró la granja. Ayudaron a regar las plantas, armaron un fogón y entre todos prepararon una sopa. Después del almuerzo colgaron chinchorros en la enramada, algunos descansaron, otros se pusieron a jugar estrella china y los más pequeños corrían tras una pelota.

En la tarde, antes de irse, Rebeca, hija de la señora Josefa, roció con petróleo las pilas de hojas secas y la quemó. Se armó tal llamarada que los pájaros volaron desfavoridos a resguardarse del humo.

Todos los días después de regar los árboles la señora Josefa tejía sus chinchorros multicolores. La señora Iguana le comentó al conejo gris:

–Quiero aprender a tejer chinchorros para ayudar a la señora Josefa.

–Tus manos son muy cortas y no podrás trenzar los hilos –dijo el conejo.

–Voy a practicar –añadió la señora Iguana.

-Te puede ayudar el pájaro gonzalico que teje sus nidos como una gran mochila -informó el conejo.

-Buena idea -concluyó la señora Iguana y salió a buscar al gonzalico.

Lo encontró acariciando sus pichones y le pidió colaboración.

-Construyo mi nido con el pico, voy colocando ramita por ramita. Hago alrededor de cuatro mil viajes, pues a veces se me caen los palitos. Pero no sé nada de chinchorros -se excusó el gonzalico.

Al siguiente domingo la señora Iguana se encaramó en un árbol de acacia. La señora Josefa estaba enseñando a su nieta Sibil a tejer chinchorros y la señora Iguana no quería perderse la clase. De repente un viento del sur empezó a mecer los árboles, era tan fuerte que las ramas se agachaban casi tocando el suelo. La señora Iguana nerviosa se agarraba con sus patas delanteras al tronco.

Otra arremetida del viento del sur hizo que la señora Iguana cayera al suelo haciendo un ruido al golpear su cuerpo con la tierra. Su piel verde contrastaba con la arena amarilla. La señora Josefa la vio y lanzó un grito.

-Mátenla o acaba mi jardín.

Al instante los muchachos se armaron de piedras y palos. La señora Iguana corrió llena de pavor, sentía su corazón latir apresuradamente. Las piedras le pasaban cerca de la cabeza y un palo alcanzó a herir su cola, pero no se detenía. Angustiada y sin fuerzas se ocultó entre unos cardones. Cuando los niños se devolvieron, muy triste la señora Iguana se puso a llorar.

Decidió marcharse de la granja. Una ardilla que comía coco la llamó.

-Venga usted hoy a almorzar conmigo.

–No puedo, abandono la granja para siempre –respondió la señora Iguana y le narró lo sucedido.

–Habla con la señora Josefa y cuéntale que tú no dañas su jardín.

–Es imposible. Tan pronto me vea querrá matarme.

–Entonces escríbele una carta.

–No sé escribir –dijo la señora Iguana.

–Aprende –le animó la ardilla.

Después de darle las gracias por el consejo, la señora Iguana se encaminó a la escuela Santa Rita.

Con dificultad trepó por la pared, se agarró de los calados y se acomodó en la ventana. La maestra Nicolasa enseñaba las vocales a los niños. Con un mes de clases aprenderé a escribir de corrido –pensó la señora Iguana-. De repente un alumno la vio y empezó a gritar.

–Una iguana, una iguana.

Se formó tal alboroto que los niños corrían despavoridos. Los más grandes empezaron a lanzarle peñascos. Temblando de miedo la señora Iguana subió al techo y se escondió en una gárgola. Como los estudiantes no pudieron trepar a la azotea volvieron a su salón.

Sólo cuando aparecieron las estrellas en el cielo la señora Iguana bajó del techo y se perdió en los matorrales.

Triste y sola la señora Iguana lloraba en un cacto. De pronto apareció en el camino una joven. Asustada intentó huir, pero la chica cantaba alegre mientras tomaba unas fotografías.

Le tomó fotos al cielo lleno de nubes blancas, a un rebaño de cabras y de pronto la vio y también le tomó una foto.

–Que linda iguanita –expresó la joven.

La señora Iguana se alegró de que alguien no quisiera matarla y se atrevió a hablarle.

–Niña, *pish, pish*, niña –la llamó.

–Oh puede hablar –dijo admirada la chica.

–Sí puedo y deseo pedirle el favor de escribirme una carta.

La señora Iguana contó su historia. La joven dijo que conocía a la señora Josefa y se comprometió a traer la respuesta al otro día. Sacó de su morral papel y lápiz y escribió la siguiente carta.

Señora Josefa:

Por favor no me mate. Yo amo la vida. Me maravilla cuando los árboles de cañaguatate se visten de flores amarillas que se divisan en la distancia.

Como me dijeron que usted es muy buena voy a su jardín y tomo unas hojitas, pocas porque mi estómago es pequeño, incluso son más las que caen a tierra y usted debe barrerlas y apilarlas y he visto a su hija Rebeca quemarlas.

Un día estaba observándola tejer sus chinchorros multicolores con deseo de ayudarla, cuando un viento del sur me tiró al suelo. Usted me vio y dijo a sus nietos «mátenla» y ellos me acosaron con piedras. Si hubiese sentido cómo latía mi corazón seguramente hubiese detenido a esos muchachos. Gracias a Dios no me alcanzaron.

Quiero tener hijos para asolearlos y pasearlos por las lagunas aspirando el aroma de las cerezas después de las lluvias mientras escuchamos la música de los pájaros. Por favor no me mate.

*Atentamente,
la señora Iguana.*

La señora Iguana esa noche, casi no pudo dormir.
–¿Qué contestaría la señora Josefa? –le preguntaba a la Luna,
pero la Luna sólo se sonreía con su cara redonda.

Al mediodía llegó la muchacha.
–La señora Josefa te pide perdón por causarte tanto dolor y te
invita para que vivas en su patio.

La señora Iguana se puso contenta y emprendió el camino a la
granja. Cuando llegó a la entrada encontró un aviso grandote que
decía:

PROHIBIDO MATAR IGUANAS*

* Vicenta María Siosi Pino, *El dulce corazón de los piel
cobriza*, Barranquilla, 2002: Fondo Mixto para la
Promoción de las Artes de la Guajira, pp. 81-94.